

Dominique Iogna-Prat, *La Maison Dieu. Une histoire monumentale de l'Église au Moyen Âge*. Paris, Éditions du Seuil, "Points", 2012. 689 pp. ISBN 978-2-7578-2972-1.

JAVIER PÉREZ-EMBED

El nombre de Dios sirvió a menudo en francés antiguo y medio para una adjetivación sustantivadora de no poca toponimia monástica surgida a partir del siglo XI. Cómo, por qué y cuándo Dios se hizo “de piedra”. Cómo, por qué y cuándo la iglesia se impuso en el “paisaje” de Occidente. Tales son las cuestiones centrales del último libro del medievalista director de investigación en el CNRS, cuya obra tiene como eje la impronta de Cluny en la Edad Media central.

Basándose en el discurso que los clérigos de Occidente -en el cuadro su reflexión sobre la Iglesia-comunidad- prosiguieron entre 800 y 1200 acerca de la iglesia-edificio, el autor se propone una “eclesiología del lugar de culto”, pero en la perspectiva de una historia social que permita ubicar a la institución eclesial en la construcción simbólica y material de la sociedad cristiana. O lo que es lo mismo, “reconstituir las grandes etapas de la concepción que los clérigos se hicieron de la iglesia-edificio en el cuadro de una reflexión sobre la iglesia-comunidad”.

En la primera parte, un largo primer capítulo aborda, como prolegómenos, los fundamentos de la sacralidad cristiana (c.300-c.800), y en primer término la ruptura que supuso el cristianismo con el paganismo y su sacralidad difusa, así como la distancia tomada respecto del judaísmo. A pesar de la reticencia inicial de los primitivos “pastores”, la aceptación de parte del legado monumental de la antigüedad pagana y la conversión de la iglesia en lugar de memoria, o en asilo cristiano, impusieron una lenta elaboración de un ritual de consagración del templo. Tras el examen de la terminología referente al lugar sagrado y de los primeros discursos cristianos sobre la iglesia, el autor recurre a la descripción de la Jerarquía celeste y de la Jerarquía Eclesiástica, del Pseudo Dionisio, no sólo para ubicar el lugar del santuario en la arquitectura del mundo, sino porque las divisiones internas de la iglesia se reflejarán en el edificio. Y es de notar que ninguno de los textos examinados hasta el momento (sermones, poemas, tituli, obras hagiográficas e historiográficas) constituya un género de discurso consagrado a la iglesia, puesto que el panegírico del monumento que se practicaba en la cristiandad oriental (ecphrasis) se confundía con el sermón de la dedicación. Al tránsito, ocurrido en un momento de la historia del cristianismo occidental, entre el ‘Cuerpo

de la Iglesia' y el 'cuerpo de la iglesia', consagra la segunda parte, examinando -sucesivamente en los capítulos 2,3y4- las llamadas "construcciones eclesiales carolingias", cuando el edificio eclesiástico se impone poco a poco como "el lugar fundador de la comunidad": el recorrido va del papel institucional jugado por el soberano (ya que "l'ancrage de la figure du roi est un affaire d'edification, dans le double sens du terme", p. 132), por el papa (en un panorama de una intervención pontificia sobre el espacio que desborda ampliamente la construcción de templos) y por el obispo (donde toda la jerarquía, institucional y espacial, diocesana se encuentra revisitada, hasta abocar al proceso de génesis del libro pontifical, que incluye en su interior el "ordo" o rito de Dedicación de la Iglesia).

Una extensa segunda parte aborda la première territorialité chretienne que se esboza en el tiempo largo que va del imperio carolingio hasta 1040, período en que el edificio eclesiástico se impone como el lugar fundador de la comunidad. En los años en que se impone el ordo ad benedicendam ecclesiam la institución del lugar de culto con sus anexos será objeto de una intensa reflexión doctrinal tendente a justificar que la iglesia es el lugar de la presencia divina. Siguiendo las clasificaciones jerárquicas de la cosmología dionisiana, el autor sale al encuentro de los santos y los demás actores "faiseurs de lieux": el obispo, el soberano y el papa. Bajo distintos rótulos, Dominique Iogna ensambla en el capítulo 4 las fuentes de distinto signo (literarias, arqueológicas, en menor medida diplomáticas) para reconstruir los presupuestos eclesiológicos de la edificación sacra bajo los carolingios: en I ("Mises en scènes épiscopales) el protagonista es la diócesis de Auxerre; en II ("L'éveque sur le terrain") son los tratados legislativos y doctrinales de los obispos carolingios, desde Teodulfo y Jonás de Orléans hasta Hincmar de Reims, el objeto de la revisión; en III ("Le maître des rituels") traza la historia textual del libro pontifical, en una de cuyas ramas, el "gelasiano franco", aparecen los primeros ordines de dedicación de iglesia, en cuya formalización y exégesis (analizada en el capítulo 5) se juega -estima Iogna- "une partie capitale du destin de l'Église en Occident et de son inscription materielle ici bas" (p. 259). El "ordo ad benedicendam ecclesiam" (elaborado c.840) como la primera escenificación ritual de un conjunto de pequeños ritos parciales es descrito detalladamente (p. 266-273) apoyándose en esquemas gráficos. Y la interpretación la aportará la exégesis litúrgica, género sazonado de comentarios alegóricos que también florece en época carolingia, aparte de en el texto anónimo "quid significant duodecim candelae", en la pluma de autores como Rabano Mauro, Amalario de Metz o Walafrido Estrabón, a cuyos tratados pasa revista.

La tercera parte tiene por objeto la "monumentalización de la iglesia" que trajo la Reforma Gregoriana. La base empírica son la documentación práctica y los relatos de consagración (cap. 6 y 7), documentos litúrgicos y tratados litúrgico-canónicos (cap. 8) o de teología sacramental (cap. 9), a través de los cuales los clérigos representan a la iglesia-edificio como una persona que representa a la

Iglesia. Con Georges Duby, Iogna-Prat se pregunta si la eclosión monumental de 980-1140 no es una de las caras de la “revolución feudal” y si la aparición del arte románico (de cuya aparición discute en p. 359-61 la cronología que dieron Focillon y Duby) corresponde a la recuperación por la Iglesia de las misiones estéticas hasta entonces asumidas por la realeza.

Partiendo de la referencia al “blanco manto de iglesias”, en la expresión de Raúl Glaber, el exhaustivo análisis documental permite al autor constatar que en las oficinas de los monjes reformadores de la primera mitad del siglo XI nació un género literario nuevo, el panegírico del monumento, tratados de “hermeneútica eclesiológica” sobre cuya inutilidad para la historia del arte previene. Será luego el papado -desde León IX y Urbano II- quien ostentará la vanguardia de actuar “sobre el terreno” en una a modo de ineclesiamento (según la expresión con que M. Lauwers parafraseó la muy conocida de P. Toubert). Con el dossier de las consagraciones efectuadas por esos pontífices (y en particular la de St. Rémi de Reims en 1049) plantea la cuestión de la articulación de lo local y lo universal que, en un “juego de encajes” hacen que la Cristiandad gane en volumen y densidad (p. 394).

De los tratados propiamente jurídicos, como los de Burchard de Worms y Bonizon de Sutri pasa al análisis de la fecundación de la exégesis litúrgica por el derecho canónico que representan el Decreto de Graciano y la obras de Juan Beleth y Sicard de Cremona (cuyo *Mitrale*, al tratar de la “mediación” de los objetos de culto le permite interesantes consideraciones en materia de semiología eclesial). No podía sino detenerse ampliamente en el último de los liturgistas-canonistas, Guillaume Durand (+1296), de cuyo *Rationale Divinorum Officiorum* subraya la jerarquización de las distintas partes del edificio, a imagen de la medida del hombre como microcosmos. Pero destaca también el papel asignado por ese tratado a la pintura y la escultura en la arquitectura del edificio, en un estado cultural en el que “crear” supone ya “ver”. La historia del rito de la Dedicación incluida en ese mismo tratado le permite observar cómo en la integración de esa fiesta en el santoral (presente también en S. de la Voragine) culmina el proceso de personalización de la iglesia-monumento.

De la evolución histórica de la teología sacramental (en esta fase representada por autores como Odón de Cambrai o Hildebert de Lavardin) el *De sacramentis ecclesiae* de Brunon de Segni (+1123) representa el hito de hacer de la entrada en el templo condición necesaria para los demás oficios. De ahí sólo hay un paso a la diferenciación por Hugo de San Víctor y Pedro Lombardo entre los sacramentos que santifican y los que preparan o disponen para ello, a cuyo título el rito de la Dedicación de la iglesia es considerado un sacramento (el “bautismo” de la iglesia, condición necesaria para el bautismo de los fieles).

La resistencias a la “petrificación de la iglesia”, es decir, los orígenes bajomedievales del retorno a la concepción interior de la Iglesia que traerá la

Reforma del siglo XVI, es el objeto de la cuarta parte. En el capítulo 10 se analiza la figura ideal del laico constructor de iglesias. Renaut de Montauban, Girart de Rousillon, Guilhem de Bellone, pero también el duque de Aquitania Guillermo V (y émulas como su esposa Enma, Ermessenda de Carcassona y la normanda Gunnor) ilustran la dimensión penitencial del acto de construir. Por ahí se llega al papel del rey “constructor” que la biografía de los capetos asignan a los monarcas franceses, que -tras los primeros pasos en Fleury- incoará Luis VII en Saint Denis de la mano de Suger. A partir del *De constructione* elaborado por este abad a propósito de su santuario, Iogna-Prat se plantea y aborda el origen del ritual de colocación de la primera piedra (cap. 11), análisis antropológico de un “gesto fundador” que lleva las aguas de esta investigación al molino de la *raison des gestes* de J.C. Scmitt.

Es en la “prehistoria del individualismo” representada por la autobiografía del abad de Saint Denis donde la *Maison Dieu* se detiene. Pero no lo hará sin plantear la cuestión de las relaciones entre edificación personal y construcción eclesial (cap. 12), utilizando para ello el comentario al Tabernáculo de Moisés por un autor próximo a la escuela de San Víctor, Adam de Dryburgh (1212), que disecciona con minucia en un complejo diagrama.

En un recorrido “totalizante”, el análisis de Iogna Prat sobre los textos relativos a la edificación de la iglesia ofrece un buen “rappel” de la historia cultural y religiosa del Occidente Medieval entre los siglos IX y XII, así como de la más reciente bibliografía referente a la misma, cuya utilidad se dobla con los prolijos índices de personas, lugares, materias y citas escriturarias. En cada párrafo ofrece una buena síntesis de la temática objeto de estudio, a la manera de la mejor escolástica francesa, con la más actualizada bibliografía de cada tema tocado tangencialmente. Y al hilo de algunos análisis no duda en emitir su opinión de primera mano sobre aspectos no definitivamente zanjados por la crítica histórica. Todo lo cual hace que la obra aporte mucho más de lo que enuncia *stricto sensu* su título. El trabajo es, por otra parte, exponente de la madurez en la incorporación de la antropología al estudio de la historia medieval. Presupone y se apoya en trabajos de especialistas de la liturgia como E. Pallazo, del texto bíblico como G. Lobrion, del culto funerario como M. Lauwers o de la imágenes como J. Baschet. Y precisamente al análisis de los textos el autor añade, en todo lo posible, el comentario de imágenes, género en el sus comentarios rozan la excelencia.

En definitiva, el libro de Dominique Iogna Prat resulta indispensable para una nueva comprensión de la arquitectura cristiana medieval que no haga abstracción de la sociedad y la cultura en la que se enmarca. Y ello tanto en el ámbito del trabajo escolar universitario como para el más amplio mercado cultural de un Occidente casi del todo desacralizado.